



VIII

La Religión ortodoxa

I

¿La religión ortodoxa?

Esta palabra, ahora, no evoca en mí otra cosa más que algunos hombres con los cabellos largos, muy arrogantes, poco instruidos, vestidos de seda y terciopelo, ornados con pedrería, que se llaman arzobispos y metropolitanos, y multitud de otros hombres también con el pelo sin cortar que están bajo la dependencia más servil de esas docenas de individuos ocupados, únicamente, so pretesto de los sacramentos, en engañar y saquear al pueblo. ¿Cómo, pues, puedo tener confianza en esta Iglesia, y creer, cuando, al hombre que la interroga, desde el fondo de su alma, responde con los engaños más miserables, con insanidades, afirmando que nadie tiene obligación de responder de otro modo á estas preguntas, y que en todo lo que en mi vida hay de más precioso no tengo derecho á elegir otro guía más que sus indicaciones? Puedo elegir el color

de mis pantalones, una mujer de mi gusto; pero lo demás, aquello por lo cual me siento hombre, debo preguntárselo, á esas gentes ociosas, embusteras é ignorantes. Para guía de mi vida, en la intimidad de mi alma, tengo al pastor, al sacerdote de mi parroquia que ha salido del seminario, un muchacho superficial, casi iletrado, ó un viejo borracho cuya única preocupación es el recoger el mayor número de huevos y de dinero. Pues, cuando el diácono, durante la oración, pide la gloria para la devota fornicadora Catalina II, ó por Pedro, el bandido, el asesino que blasfemaba del Evangelio, debo orar por ellos. Con mucha frecuencia pide que se quemen y aprisionen á mis hermanos y yo debo gritar anatema: Esos hombres mandan que considere á mis hermanos como á seres malditos; yo debo gritar anatema: mandan que vaya á beber vino con la cucharilla, y jurar que no es vino, y si el cuerpo y la sangre de Dios, he de hacerlo.

¡Pero esto es terrible!

II

Felizmente, en realidad no siempre ocurre lo mismo, no porque los sacerdotes hayan disminuido en sus exigencias (gritan anatema ó gloria por quien bien les parece) pero en realidad nadie les escucha. Nosotros, los hombres expertos é instruidos (me acuerdo de los treinta años

que he vivido sin fe) no tenemos ni aun desprecio para todo esto sencillamente, no hacemos ningún caso, no tenemos curiosidad por saber lo que hacen, lo que dicen y escriben. Se presenta el sacerdote, se le dan algunas pesetas. Está construida la iglesia. Para inaugurarla gloriosamente se manda un arzobispo con largos cabellos, y se le dan algunos centenares de pesetas.

El pueblo aun les presta menos atención: sabe que hay que comer buñuelos durante el carnaval y entregarse á devociones en la semana santa. Si hemos de resolver una cuestión espiritual, vamos en busca de los sabios, de los pensadores, buscamos sus libros ó los escritos de los santos; pero no á los sacerdotes; y las gentes del pueblo, por el contrario, desde que nace en ellos el sentimiento religioso, se vuelven hacia los viejos creyentes, convirtiéndose en Stundistas ó en Molokanes. De manera que, desde hace mucho tiempo, los sacerdotes no son útiles más que para ellos mismo, y para los imbeciles, los mezquinos y las mujeres.

Es de esperar que muy pronto, excepto entre ellos, no tendrán nada que hacer.

¿De dónde proviene el que haya personas inteligentes que compartan este error? ¿Qué significa esta Iglesia que les conduce al laberinto de la tontería? La Iglesia según la definición de los sacerdotes es la reunión de los creyentes, de los sacerdotes infalibles y santos.

Todos afirman que los pastores de la Iglesia,

son los verdaderos sucesores de los apóstoles, y que únicamente ellos han recibido de los apóstoles el poder divino y el deber de ser los guardianes y los intérpretes de la revelación divina, y todos los fieles deben oír la voz de sus pastores, careciendo de derecho para enseñar nada á los demás.

Se comprende, después de esto, en qué sentido hay que comprender la palabra Iglesia, cuando se habla de su influencia en la obra de la predicación. Toda la Iglesia de Cristo, compuesta de pastores y de fieles, en general, es sin duda infalible; pero nunca se permite á los pastores contestar é interpretar á los hombres, la revelación divina, puesto que los fieles están completamente obligados á seguir, en esta cosa santa, la voz de sus pontífices elegidos por Dios (Actos de los Apóstoles XX, 28). Es evidente que cuando se hable de la revelación de la doctrina de la infalibilidad de la Iglesia, es preciso no perder de vista á la Iglesia convertida en maestro, unida siempre de un modo inseparable á la Iglesia que enseña.

Esto es evidente con arreglo al concepto que la Iglesia tiene de la Iglesia; y este concepto no es otro más que el derecho para ella sola de enseñar. Para explicar este derecho afirma que es infalible. Dice que es infalible porque ha basado su doctrina en la verdad de Cristo. Pero desde que esas dos doctrinas pueden de igual modo ser fuente del cristianismo, toda su base, todas las

pruebas y todo aquello en que se apoyan, se han derrumbado, y no queda más que las alegaciones de esas doctrinas insensatas y los pretextos que invocan. Pero esos pretextos son claros, ahora que vemos los palacios y los coches de los arzobispos, pero también eran claras en el siglo sexto, cuando se veía el lujo de los patriarcas, también lo eran en época de los primeros apóstoles, si se tiene en cuenta el deseo de cada uno de justificar la verdad de su doctrina.

III

La Iglesia afirma que su doctrina está basada sobre la doctrina divina. Las pruebas de los Actos de los Apóstoles, en este caso, están mal elegidos, pues los apóstoles fueron los primeros hombres en emitir el principio de la Iglesia, de esta misma Iglesia, cuya verdad es preciso probar. Por esto su doctrina, lo mismo que toda doctrina posterior, no puede apenas probar que esté basada en la doctrina de Cristo.

A los apóstoles les parecía conveniente ser casi contemporáneos de Cristo, según la doctrina de la Iglesia eran hombres, mientras que Cristo es Dios. Todo lo que *El* ha dicho, es verdad, todo lo que *ellos* han dicho, necesita probarse y puede ser contradecido. Las Iglesias así lo han comprendido, y por esto se han apresurado á poner

sobre la doctrina apostólica el sello de la infalibilidad del Espíritu Santo. Pero si uno separa este ardid, si estudia hasta la doctrina de Cristo, no puede menos de admirarse ante la audacia de los doctores de la Iglesia queriendo basar su doctrina sobre la de Jesucristo, quien niega todo lo que ellos afirman.

La palabra *ecclesias*, que no tiene otro sentido más que el de reunión, no se emplea más que dos veces en los Evangelios, y sólo en el evangelio de Mateo.

«Sobre tí, sobre mi discípulo fiel, como sobre la roca, yo confirmaré la unión de los hombres».

Y además, esta palabra está empleada en el siguiente sentido:

«Si tu hermano no te escucha, entonces háblale en la reunión de los hombres, puesto que lo que aquí desates, desatado quedará en el cielo».

¿Qué han hecho los sacerdotes de esos mandamientos? El Salvador, al venir al mundo para cumplir la gran obra de nuestra redención, conservó de antemano para Él solo el derecho de enseñar á los hombres la verdadera religión que había recibido de sus padres:

«El espíritu del Señor está en mí: Por cuanto me ha ungido para anunciar á los pobres la buena nueva. Me ha enviado para curar á los que tienen el corazón herido; para dar libertad á los cautivos y devolver la vista á los ciegos; para libertad á los oprimidos. Para predicar el año favorable del Señor.»

Y recorriendo las ciudades y las aldeas propagando el Evangelio, añadió:

«Yo he nacido para esto, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. (Juan XVIII, 37).»

«Es por esto por lo que yo te he enviado. (Lucas IV, 43).»

Y al mismo tiempo dijo al pueblo y á los discípulos:

«Pero no tenéis porque llamaros maestros, puesto que no tenéis más que un maestro que es Cristo... Y tampoco os hagáis llamar doctores, pues no tenéis más que un solo doctor que es Cristo. (Mateo XXIII, 8, 10).»

En seguida transmite su derecho divino de enseñanza á sus discípulos, á doce de ellos elegidos expresamente entre setenta. Transmitió este derecho, primeramente por cierto tiempo, mientras durase su vida terrestre, cuando les envió á predicar el Evangelio, «á las ovejas de la casa de Israel que estaban perdidas. (Mateo X, 6)». y por último para siempre, después de su resurrección, cuando había cumplido su misión sobre la tierra, subió al cielo y les dijo:

«Como mi padre me ha enviado, de igual manera yo os envío. (Juan XX, 12).»

«Id á instruir á todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo. (Mateo XXIII, 19).»

IV

¡Y por otra parte, hubiese obligado sencillamente, y bajo terribles amenazas, á todos los hombres y á los futuros cristianos á aceptar las doctrinas de los apóstoles y obedecerles! Oigamos lo que sobre este punto nos ha dicho.

«Quien os escuche, me escucha, quien os rechace me rechaza, y quien me rechace, rechaza á Aquél que me ha enviado. (Lucas X, 16).»

Y Jesús acercándose les habló y dijo:

«Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Id pues y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: enseñadles á guardar todo lo que os he enseñado, y he aquí, que yo estoy siempre con vosotros hasta el fin del mundo. ¡Amén! (Mateo XXVIII, 18).»

«Él mismo ha elegido á unos para ser apóstoles, á otros para ser profetas, otros para ser evangelistas y otros para ser pastores y doctores. (Pablo á los Efesios).»

Aun aceptando este pasaje incomprensible y evidentemente añadido después la parte sobre el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, se ve que no hay una palabra, una indicación clara para titularse doctores y maestros.

¿Qué puede decirse más claro contra la Iglesia según su propia concepción?

¡Y es precisamente este pasaje el que citan los sacerdotes, como burlándose de su exacto sentido!

¿Y sobre los maestros?

No son dos ó tres pasajes, es todo el sentido del Evangelio predicando contra los maestros; todos los discursos dirigidos á los fariseos sobre la adoración exterior de Dios, y la parábola del ciego que no debe cuidar á otro ciego, pues los dos caerían juntos, y, en general, todo el sentido de la doctrina de Jesús, en los evangelios de San Juan y en los demás. Ha venido á hablar á los pobres de espíritu, ha repetido varias veces que su doctrina es más accesible y más comprensible para los niños y los simples de espíritu que para los sabios y los doctores. Ha elegido á los ignorantes y á los simples de espíritu y le han comprendido. Ha dicho que venía no á enseñar sino á cumplir la voluntad de Aquél que le ha enviado y le ha cumplido para toda su vida. Ha repetido que el que practicase su doctrina, no sabría si era de Dios ó no. Que el que la practicara sería bendito y no el que la enseñara. Le ha resuelto sólo contra los maestros. Ha dicho: «No juzguéis á los demás». Ha dicho que solamente él había abierto la puerta á las ovejas; pero que los pastores, no invitados (los lobos con piel de oveja) han venido á decirle que solamente ellos eran quienes habían abierto la puerta á las ovejas.

V

Se puede admitir que un hombre ardiente, animado de la verdadera fe, como Pablo, haya podido no comprender en absoluto el espíritu de su maestro, separarse de su doctrina: esto es admirable especialmente en aquellos tiempos tan próximos á Jesús. Se comprende también que bajo la presión del poder de Constantino, se haya pedido ser arrastrado por el deseo de afirmar su fe exterior lo más pronto posible; todas las guerras hechas con este fin son comprensibles. Pero llega en el que es preciso separar las ovejas de los machos cabríos. Y se han separado por sí mismas, puesto que no pueden encontrar en la Iglesia la verdadera doctrina y, hoy, está claro que la enseñanza de la Iglesia, es ahora el peor enemigo del cristianismo; que sus partidarios sirven á todo lo que quieren, excepto la doctrina de Cristo, la cual niegan. La doctrina que enseña la Iglesia, es ahora completamente hostil al cristianismo. Separándose del espíritu de esta doctrina la ha desfigurado hasta el punto que la niega; en lugar de la humildad, el orgullo, en vez de la pobreza el lujo; en vez del perdón, los más crueles castigos; en lugar de olvidar las ofensas, el odio; en vez de soportar el mal, los suplicios; y todos se niegan los unos á los otros. Pero, por otra parte, la definición de la Iglesia

por los doctores, hay una muy vaga, la de la Iglesia de los fieles que sólo deben obedecer.

Lo que es la primera se sabe con claridad, lo que es la segunda es completamente incomprensible.

¿La reunión de los creyentes?

Si los creyentes se han reunido en una asamblea, es evidente que será una asamblea de creyentes. Tal es, por ejemplo, la reunión de los que creen con la música de Wagner, la reunión de los que creen en las teorías socialistas. A éstos, la palabra *Iglesia*, con la concepción de infalibilidad no es aplicable. La Iglesia es la reunión de los creyentes y nada más, y no se pueden ver los límites de esta Iglesia puesto que la creencia no es cosa material. La actual religión de los sacerdotes, se puede sentir, por ejemplo, en las casullas, en las procesiones y en otras cosas necias; pero la fe de los creyentes que sólo resplandece en el hombre la vida y la luz, nadie puede tener la percepción de decir exactamente en dónde está, y cuánta tiene.

Pues nadie habla de ello más que como los pastores de las ovejas que llevan á pacer. La Iglesia en esta frase sintetiza todos los engaños con los cuales quiere dominar á los demás, y no hay, no puede haber otra Iglesia. Sólo sobre este engaño, basado sobre la verdadera doctrina, transmitida por todas las Iglesias, se han fundado esos dogmas ineptos que desfiguran y ocultan toda la verdadera religión: la divinidad de Jesús

y del Espíritu Santo, la Trinidad, la Inmaculada concepción y todas las bárbaras costumbres que se llaman sacramentos. Está claro que no tienen ningún sentido y que no son útiles á nadie, excepto á los sacerdotes, á quienes son necesario para hacerse dar ofrendas.

VI

¿Pero quién podrá predicar la Santa Escritura corregida, en la que no cree nadie? ¿Quién podría enseñarla si no hubiese Iglesia?

La Santa Escritura se ha extendido, no por los que la comentan, y si por lo que creen y proceden según ella. La tradición santa, es la tradición de toda la vida. No hay necesidad más que de esta doctrina que se aprende para la vida, de manera que la luz luce ante los hombres. Nadie tiene confianza más que en sus actos, nadie cree más que en ellos.

Si no me creéis á mí, creed en mis actos. Ni yo ni nadie estamos llamados á juzgar á los demás, ni al pasado. Creo que sólo los actos son necesarios, que ellos me instruyen á mí y al pueblo, y que son los doctores y las discusiones, quienes le depraban y arrebatan la fe. Ahora hemos llegado al punto en que el objeto de la fe, estriba en preguntar si el papa es infalible ó no, si María ha sido madre como todas las mujeres, etc.

¿Pero dónde está la verdadera Iglesia, la de los verdaderos creyentes? ¿Cómo saber quien está en lo cierto y quien no? preguntan los que no han comprendido la doctrina de Jesucristo... ¿Dónde está la Iglesia, es decir, sus límites? Si tú perteneces á la Iglesia, no puedes ver sus límites, y si eres creyente dirás: *Pienso que he de salvarme y no puedo juzgar á los demás.* Para el que ha comprendido la doctrina de Jesús, consiste en esto. *A mí me está permitido ir hacia la luz, me se ha dado la vida y no hay nada superior á ella, excepto la fuente de toda vida, Dios.*

Toda la doctrina de humildad, de renunciar á la riqueza, de amor al prójimo, no tiene más que este sentido, que puedo hacer para que esta vida sea infinita en mí. Cada vez que me acerco á la vida de otro, entro en comunión con él, en la paz y en Dios.

Por mí mismo no puedo menos de comprender la verdad, y mis actos son consecuencias del desarrollo de mi vida.

Puedo por mí experimentar esta verdad. Pero entonces, yo que comprendo así la vida, puedo hacerme esta pregunta: ¿Qué es lo que piensan los demás? ¿Cómo viven? Si les amo no puedo por menos que desear transmitirles mi dicha, pero sólo tengo una sola arma, es la conciencia de mi vida y de mis actos. Yo no puedo desear, pensar creer por otro; yo estoy en ellos y ellos están en mí.

En esto está la doctrina de Jesús, que el pueblo

resume en estas sencillas palabras: *Salvar su alma, pero solamente la suya, porque ella lo es todo.* Sufre, soporta el mal, no juzga, no condena,—todo esto quiere decir la misma cosa. Y por lo que atañe á los asuntos de este mundo, los trajes, los impuestos para el templo y para el César, las herencias, la condenación de los criminales, etc.—Jesús nos enseñó con el ejemplo de su completa indiferencia, sino de su desprecio, como hay que conducirse. Todo lo que no está en tu alma, no es asunto tuyo. «*B. scad el reino del cielo y la verdad, y lo demás os será dado por añadidura.*» En efecto, se me ha dado mi alma lo mismo que á los demás hombres. No solamente no puede disponer de las almas de los demás sino ¿qué no puedo comprender cómo podré corregir é instruirles? ¿Y cómo perdería mis fuerzas por lo que no está en mi mano y descurdaría lo que es de mi dominio? Jesús, además de su doctrina ha enseñado para siempre, la falsedad de la organización de este mundo en el cual todos parecen ocuparse del bien de los demás, mientras que su fin es el lucro y el amor á las tinieblas. Recibe cualquier mal y verás que el que te lo ha hecho, pone siempre por pretexto el amor al prójimo.

Y esto es lo que ha hecho que la falsa religión arrastre á los hombres al imprudente afán de instruir á los demás y ha producido la Iglesia con todos sus horrores y sus monstruosidades.

¿Qué habría si no existiese la Iglesia? Lo que

hay ahora y lo que ha dicho Jesús. *Que vuestros actos sean buenos á fin de que los hombres al verles, glorifiquen á Dios.* Y es la única doctrina que existe y existirá mientras dure el mundo. En los actos no hay desacuerdo, mientras que en las profesiones de fe, en las enseñanzas, en los ritos exteriores, hay desacuerdo; por consecuencia no hay relación entre la fe y los actos.

La Iglesia ha querido negar esas creencias y esos actos exteriores y se ha dividido en gran número de cultos en donde cada cual niega á los otros, mostrando con esto que ni la fe impuesta ni la adoración de Dios, es asunto de fe.

La fe, está por entero en la vida según la conciencia, y esta vida, por encima de todo no puede someterse á nadie, excepto á Dios, que nadie puede comprender, más que por la vida.